

Queridos fieles,

La proclamación del evangelio de este domingo, doce del tiempo ordinario, se sitúa en el contexto del capítulo nueve de san Lucas: Jesús ha enviado en misión, por primera vez, a los Doce y, cuando éstos regresan, relatan a Jesús, llenos de alegría, cuanto habían hecho.

Entonces, *«tomándolos consigo»*, Jesús busca un lugar apartado para estar más tiempo con ellos, en los alrededores de Betsaida de Galilea, una ciudad ribereña del lago de Getnesaret, patria chica de Pedro y Andrés.

Jesús buscaba ese retiro, acompañado de los doce, pero no le fue inmediatamente posible porque *«la gente lo supo y le siguieron»*. Y Él – Jesús - *«los acogía, les hablaba del Reino de Dios y curaba a los que tenían necesidad de ser curados»* (Lc 9, 11). Al declinar de ese día tuvo lugar la multiplicación de los cinco panes y dos peces.

Después del milagro, san Lucas narra que Jesús, por fin, pudo retirarse para orar a solas; a solas, pero *«en compañía de sus discípulos»*. Hay en el texto como una especie de contradicción que san Beda el Venerable resuelve de la siguiente manera: *«los discípulos estaban con el Señor, pero Él oró solo al Padre...nadie puede participar (hasta el fondo) de los sentimientos íntimos de Cristo»*.

Y es en este clima de retiro, de oración – tan característico de san Lucas - y en compañía de sus más íntimos, que el Señor les preguntó: *« ¿quien dice la gente que soy yo? »*. La pregunta la hizo el Señor en un tono familiar, de profunda amistad. Les pregunta acerca de la opinión que la gente tiene de Él: todos han podido ver algo extraordinario en su persona, pero pocos han

calado en lo que verdaderamente se oculta en el Maestro. Y después les pregunta ya directamente: «*Y vosotros ¿quién decís que soy Yo?*».

Nunca les había hecho Jesús una pregunta así. Habían convivido con Él unos dos años, habían oído sus palabras, habían visto milagros, habían recibido muestras de un amor sin límites, habían sido atraídos por Él con una fuerza extraordinaria...Debían ser capaces de una respuesta justa. Y el Señor parece tener necesidad de esa confesión de fe abierta y cabal. Como tantas veces en nuestra vida el Señor desea que le reconozcamos y le confesemos como lo que realmente es: Tú eres «*el Cristo de Dios*» o «*Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*», (Mt 16,16), según el texto paralelo de san Mateo. Esa fue la respuesta de Pedro. Es la respuesta de fe, revelada a Pedro por el Padre, que atravesará los siglos por venir. Jesús promete a Pedro, en esos momentos, según el texto paralelo de Mateo, que él - pobre pescador galileo! – será la roca, los cimientos de su Iglesia que le confesará siempre como a «Dios y Señor».

Y después de mandarles enérgicamente que no dijeran esto a nadie para evitar equívocos sobre la verdadera naturaleza de su mesianismo, el Señor continuó: «*el Hijo del hombre debe sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser crucificado y resucitar al tercer día*».

El «*Mesías de Dios*», que acaba de ser proclamado por Pedro, ese mismo Mesías no vendrá con potencia, con la fuerza y el poder humano, con las armas y el dominio, sino que será crucificado - «*traspasado*», como anuncia el profeta Zacarías en la primera lectura – muerto y resucitado para nuestra redención. La confesión de fe de Pedro- y hoy, la nuestra - tiene que pasar

por el escándalo de la cruz. *«Los que habéis sido bautizados os habéis revestido de Cristo»* (Gal, 3,26-29), nos ha dicho san Pablo. ¡Os habéis revestido de Cristo! La confesión de fe a Cristo no puede ser teórica o sólo de palabra. *«Si alguno quiere venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga»*.

El Evangelio de hoy es exigente. No podemos decir: *“te seguiré a donde vayas, siempre que vayas donde quiero yo”*, sino: *“te seguiré donde Tú vayas, por donde quieras llevarme, sin condiciones”*.

Este es el camino de la mujer cristiana, del hombre cristiano y de toda la Iglesia. Como enseña el Concilio Vaticano II, *«Caminando la Iglesia, en medio de tentaciones y tribulaciones, se ve confortada con el poder de la gracia de Dios...para que persevere como Esposa digna de su Señor y, bajo la acción del Espíritu Santo, no cese de renovarse hasta que, por la Cruz, llegue a aquella Luz que no conoce ocaso»* (LG,9). Por la Cruz a la Luz, con el ejemplo y la ayuda de nuestra Madre, María, Madre del Señor y Madre nuestra.

+Celso Morga Iruzubieta  
Arzobispo de Mérida-Badajoz